

“¿Qué es un autor clásico? ¿Por qué la educación desde Quintiliano hasta nuestros días, ha supuesto la lectura y el estudio de los clásicos? ¿Por qué, de repente, desde hace medio siglo, una tendencia general ha venido a marginar y deprecia esa educación tradicional del espíritu, de la imaginación y de la sensibilidad a través de los clásicos y ha relegado su estudio a los seminarios de especialistas?

La marginalización de los clásicos en la educación explica la reducción de la capacidad de memoria y atención, pero es, sobre todo, la consecuencia del triunfo de una antieducación muy precoz y general: la impregnación desde la más tierna infancia de las imágenes pobres y ruidosas del zapping televisivo. Las pantallas de televisión es la nueva niñera, la providencia de hogares familiares divididos, o de padres ocupados lejos del hogar: sus imágenes prefabricadas se anticipan al crecimiento natural de la imaginación, erosionan la capacidad de atención, perturban el sentido de la realidad, y estrechan el campo del gusto antes de que intervenga la escuela.

La revolución cultural y comunicacional que se está produciendo en nuestras sociedades ricas y desarrolladas combate, con una extraordinaria intolerancia, y en nombre de la tolerancia, cualquier jerarquía espiritual, moral y estética, es decir, la esencia misma de la educación. *Educere* es conducir fuera de la ignorancia, fuera de la barbarie, fuera de la brutalidad, para iniciar en el juicio y las costumbres civilizadas, y, si es posible, a esa vida libre, inventiva y visionaria del espíritu.

La inspiración niveladora de ese fundamentalismo cultural y de ese conformismo comunicacional, con un refinamiento tecnológico y un ruido mediático deslumbrantes, no se limita a combatir lo que queda de educación clásica ni a arruinar lo que queda de las vanguardias modernas, cuyo feroz elitismo no está nada al día. Bajo el seductor pabellón de un relativismo posmoderno, la inspiración niveladora pone gravemente en peligro nuestra capacidad de responder con la cabeza alta a otro fundamentalismo y conformismo hostil, cuya agresividad masiva se alimenta de la convicción de que, tras nuestra fachada de riqueza, ciencia y poder militar, únicamente rumiamos un nihilismo moral confundido con la libertad y un kitsch bautizado como “arte contemporáneo”.

No nos engañemos: tras la guerra que se nos declara, se esconde una guerra civil que nos declaramos a nosotros mismos y lo que está en juego es nuestra capacidad de resistencia y, sobre todo, de inteligencia.

Las tecnologías contemporáneas de la comunicación únicamente son instrumentos de gran utilidad cuando son utilizadas por espíritus instalados en lo que Montaigne denomina una “trastienda”, es decir, espíritus sólidamente contruidos sobre bases no tecnológicas: pero la propaganda que hacen de ellos sus vendedores,

y el uso que hacen sus histriones, las transforman en prótesis sustitutivas del espíritu libre y de su ejercicio natural.

Estas tecnologías engendran un segundo mundo, el mundo mediático, que zambulle el espíritu en la euforia charlatana y vertiginosa del vacío y que se adueña también de la vida privada, esa conquista por excelencia de la libertad civilizada, cuyo barullo autoriza las manipulaciones más groseras y los arrebatos más irracionales.

Dos fuentes violentas e infatigables, aparentemente opuestas pero en realidad complementarias, alimentan groseramente esta revolución: la primera es la sed de beneficio, la greed, que ningún escrúpulo detiene y que desconoce cualquier distinción moral, de gusto o de interés público, incluso cuando exhibe ostentosas coartadas humanitarias y culturales; la segunda es el resentimiento social azotado por la ética del igualitarismo radical, una ética que no se limita, como el marxismo, a dirigir a los pobres contra los ricos, sino a los “oprimidos de cualquier clase, hijos contra padres, sexo contra sexo, secta contra secta, etnia contra etnia, iletrados contra letrados, etc. En una guerra civil de capillas. La civilización, su educación, sus clásicos, sus humanidades son descritos como un inmenso abuso de poder del que cada uno es más o menos la víctima, y que es preciso derrocar completa y minuciosamente gracias a la conquista del poder comunicacional.”

Fumaroli, Marc, *La educación de la libertad*.

- 1.- ¿Por qué se ha abandonado la educación clásica?
- 2.- ¿Cuáles son las características de la revolución cultural y comunicacional?
- 3.- ¿La comunicación digital sobrevalora la inmediatez y la sencillez frente a la reflexión y la argumentación?
- 4.- Las ciencias tienen sus límites, pues son saberes instrumentales, nos muestran qué podemos hacer, pero no qué debemos hacer. ¿Estás de acuerdo?
- 5.- Realiza la valoración crítica del texto.